

Revolución en las letras. Para las letras de la Revolución

CÉSAR DELGADO BALLESTEROS

Resumen

Más que enunciar hipotéticamente la modernización de la cultura en México desde finales del siglo pasado y hasta la plena consolidación del régimen emergido de la Revolución hacia la cuarta década del siglo XX, preferimos demostrar el cambio profundo en la edición. La transformación de los medios impresos de difusión de la época puede directamente sugerir la dimensión de los cambios en la educación y la cultura, a pesar del alto grado de analfabetismo de entonces. Aquí, en sentido estricto, reflexionaremos sobre las variaciones en el fomento editorial, las vicisitudes y transformaciones en la prensa gráfica, el crecimiento y modificación de las imprentas, las nuevas técnicas de impresión específicamente la prensa rotativa y el linotipo Mergenthaler y su introducción en México y, finalmente la producción nacional del papel. Estos factores modernizaron la edición y gestaron las condiciones materiales para la cultura literaria mexicana posrevolucionaria.

Abstract

This article is devoted to the analysis of the changing process that has taken place in Mexican edition. Instead of asserting the hypothetical view which considers that the modernization of Mexican culture first started at the turn of the Century and lasted until the '40, when revolutionary regimes got their full consolidation, the author looks upon the transformation of printing. According with him all these changes reflect the educational and cultural trends that went on in a society mostly formed by an illiterate population. Therefore appears important to know the different ways used for editing promotion; the ups and downs occurred in the newspaper edition; the increasing number of printing houses and the several changes they went through; the adoption of new technologies such as the rolling press and the Mergenthaler's linotype as well as the paper's national production. All these items contributed to the modernization of Mexican printing and paved the way for the improvement of the material conditions that allowed the further spreading of postrevolutionary Mexican literary culture.

Más que enunciar hipotéticamente la modernización de la cultura en México desde finales del siglo pasado y hasta la plena consolidación del régimen de la Revolución, preferimos demostrar el cambio profundo en la edición. La transformación de los medios impresos de difusión de la época puede directamente sugerir la di-

mención de los cambios en la educación y la cultura, a pesar del alto grado de analfabetismo.¹

En la época considerada los medios impresos eran, en su carácter de producto de las llamadas artes gráficas, el único vehículo de información y comunicación. Entonces, solamente estaban acompañados por otros dos medios cualitativa y técnicamente distintos: el ancestral correo y el novísimo telégrafo, el cual en la segunda mitad del siglo XIX fue la primera expresión moderna de telecomunicación.

Creado en 1832 por Samuel F. Morse e introducido a México por Juan de la Granja en 1849, la expansión inicial del telégrafo fue lenta. Ese primer periodo abarcó de 1852—cuando se completó el tendido de la línea que unió a la capital con el puerto de Veracruz— a 1880, año en que quedaron sujetos a la autoridad estatal. Desde entonces, como parte integrante de la modernización porfiriana, vivieron un enorme impulso que triplicó la longitud de sus líneas (de 11 a 36 mil km). Esa expansión cesó precisamente con la caída del régimen en 1910, sin volver a acelerarse radicalmente en el siguiente medio siglo.²

Vista desde la época inmediata posterior, la modernización de la edición parece un proceso elemental. Así podría considerarse si se toma en cuenta la aparición de la radio, la televisión, el telex y la transmisión de información a distancia, que transformaron marcadamente los medios de información y comunicación, mediante la transmisión a larga distancia de sonido, imagen, textos y datos, creando, aproximadamente entre los años treinta y sesenta de este siglo, la llamada comunicación masiva y las telecomunicaciones.

Técnicamente se podría todavía ver más elemental y relativo el cambio en la edición a finales del siglo XIX y en la primera parte del XX, si se observan los nuevos sistemas de comunicación que convierten a las telecomunicaciones en un complejo y vasto sistema de

¹ En 1910 los analfabetas ascendían a 7 817 064 personas —es decir, 72.3 por ciento de la población—, mientras los alfabetizados sumaban 2 992 076 —el 27.7 por ciento restante—, de acuerdo con las *Estadísticas históricas de México*, fuente utilizada en “Analfabetismo y Educación”, recuadro estadístico en *La Revolución día a día*, tomo VII de *Así fue la Revolución Mexicana*, México, Conafe, 1985, p. 1318.

² “Telégrafo”, en *Enciclopedia de México*, dirigida por José Rogelio Alvarez, México, Enciclopedia de México, segunda edición, 1977, tomo XII, pp. 42-45.

redes a finales del milenio, gracias al uso de los satélites artificiales y la informática, la telecopia (mejor conocido como *fax*), el correo electrónico, la teleimpresión de periódicos, la telereunión, la televisión de alta definición, el teléfono móvil y otros, que en parte son sus combinaciones o derivados.³

No obstante, si las invenciones pueden ser técnicamente comparadas, cada una tendrá su circunstancia propia, es decir, su valor social e histórico exclusivo e intransferible, aquel que la relaciona en un doble sentido con su época: como producto o efecto social del momento de su creación y, a su vez, como causa engendradora de transformación. Por ello, desde la historia social, las modificaciones técnicas tienen que ser observadas en la complejidad de su relación con la sociedad en donde están cobijadas.

Así, reconociendo su valor histórico intrínseco, comprender la modernización de la edición es fundamental en nuestra concepción de una sociología retrospectiva de las ideas, toda vez que la profusión de libros, revistas, prensa y todo tipo de impresos abre plenamente el apetito social por los escritos. Via transformación técnica —incluso industrial de la edición—, se empieza entonces a tender los puentes mediadores entre abundancia de literaturas y modificaciones de la cultura, incluso la englobadora, la de carácter nacional. El clima se vuelve entonces propicio para difundir todo tipo de ideas entre un público lector que, por muy restringido y concentrado que fuese, anteriormente tenía menor acceso a los escasos impresos de tipo cuasi artesanal.

Aquí reflexionaremos sobre el fomento editorial, las vicisitudes y transformaciones en la prensa, el crecimiento de las imprentas, las nuevas técnicas de impresión y su introducción en México y finalmente la producción industrial del papel.

³ Para una visión de conjunto de los orígenes, evoluciones y servicios de las telecomunicaciones, consultar el capítulo I y II de *Les télécommunications*, obra auspiciada por la empresa France Télécom, dirigida por François du Castel (Paris, X, A, Descours y Berger Levrault International, 1993, 799 pp.). Si bien la obra está claramente inclinada hacia la circunstancia francesa, permite no obstante escudriñar las grandes novedades y tendencias internacionales de las telecomunicaciones en el Primer Mundo. En el capítulo II ("Les Fonctions de Télécommunications"), se incluye el cuadro "L'Evolution des Services", que es un resumen gráfico de las telecomunicaciones desde mediados del siglo XIX hasta el año 2000.

1. El fomento de la edición de libros

Todo parece indicar que aun en la época voyante del porfiriato —e incluso durante la fase armada de la Revolución—, el fomento de la edición de libros se debía más al esfuerzo consistente de particulares, que a una política gubernamental definida. Por ello sobresalen en los catálogos y bibliografías de la época los nombres y apellidos de un conjunto de familias de espléndidos editores: primeramente, Victoriano Agüeros, Santiago Ballescá, las viudas de Charles Bouret y Francisco Díaz de León, Manuel León Sánchez, Carranza e hijos y más tarde los hermanos Porrúa y los Loera y Chávez, Juan B. Iguíniz, entre otros.⁴

Por el contrario, al triunfo de los constitucionalistas, y sobre todo durante la construcción del nuevo Estado, buena parte del fomento editorial empieza a ser gubernamental. Seguramente como una necesidad de hegemonía cultural, se desarrolla una política editorial más centralizada y productiva. Es claramente perceptible que la edición con fondos públicos ya no está tan dispersa, como a finales de la época del porfiriato, en los esfuerzos oficiales locales y a través de los talleres tipográficos de distintas secretarías de Estado, dependencias y escuelas técnicas gubernamentales.

Si durante los años veinte aún no se asienta completamente esa política gubernamental a nivel nacional, no se puede negar la proyección de la obra editorial de la flamante Secretaría de Educación Pública, inconcebible, por cierto, sin la actividad incesante de los nuevos Talleres Gráficos de la Nación. En la siguiente década, la fundación del Fondo de Cultura Económica, en 1934, y la Imprenta Universitaria de la UNAM, un año después, contribuirán paulatinamente en la difusión del libro y la lectura y la ampliación y renovación del horizonte literario en México.

Dentro de la edición, otro factor que tiene también influencia en la cuestión de la educación y la cultura es el nuevo desarrollo de los medios de comunicación típicos de la época —es decir, la prensa—, comprendiendo en su historia los cambios en las publicaciones periódicas: las revistas y los periódicos.

⁴ Especialmente para los primeros, véase a Mauricio Charpenel, *Imprentas de la ciudad de México en el siglo XIX*, México, Impreso Valle, 1960, 59 pp.

2. La prensa

A pesar de la relación común en el terreno editorial, es menester, por ahora, separar la prensa del libro, porque en cuanto a perdurabilidad en el tiempo, la primera, más efímera, depende estrechamente de la actualidad, mientras que el segundo, más duradero, no depende necesariamente del flujo intermitente de la cotidianeidad. El contenido del libro, por tanto, está destinado a ser conservado.⁵ El caso de la prensa no es así, a menos de que sea considerada en su carácter de testimonio y documento histórico.

Actualidad mexicana a principios de siglo significa coyuntura revolucionaria. Por ello, la prensa más como medio de información que difusor de la cultura, estaba estrechamente ligada a las contradicciones políticas y a los avatares de la Revolución Mexicana. Si la nación temblaba al ritmo de los acontecimientos, los periódicos reflejaban sus oscilaciones y trepidaciones violentas. La prensa fue el sismógrafo de la Revolución.

La vida de los periódicos y revistas es, en efecto, particularmente sensible e indicativa del proceso que corre entre 1910 y 1917: desde el desgarramiento del orden porfirista, pasando por la guerra civil entre facciones revolucionarias —después de la derrota del huertismo—, hasta la paulatina construcción de la hegemonía del constitucionalismo con Carranza a la cabeza de los edificadores del nuevo Estado nacional.

Las vicisitudes de la prensa reflejan pues los distintos momentos de la etapa más violenta de la Revolución. Así durante 1913 y 1914, entre el asesinato de Madero y el triunfo revolucionario sobre Huerta, se presentan dos tendencias contrapuestas en las publicaciones periódicas:

Por un lado, en esos años, especialmente en 1914, desaparecen el mayor número de periódicos y revistas: en total cuarenta y uno, de los cuales casi la mitad (diecinueve) corresponde a la prensa fundada durante el porfiriato. En el año de la caída de Huerta sobresalen la clausura de *El País* y *La Nación*, la incautación de la mo-

⁵ François Richaudeau, "Livre", en *La communication*, obra dirigida por Abraham Moles, de la colección "Les dictionnaires du savoir moderne", Paris, la Bibliothèque du CEPL, 1971, p. 368.

derna maquinaria de *El Imparcial*, así como la desaparición de la *Revista Positiva*. Dejan de circular por lo menos cuatro poderosas y significativas publicaciones provenientes del *ancien régime*. Inversamente, en esos mismos dos años, aparecen el mayor número de periódicos y revistas de la etapa 1910-1917: en total ochenta y dos. Más allá de la ciudad de México, solamente durante 1914 fueron fundados once, el número más elevado de los creados en provincia en el mismo lapso.

Por tanto, esa tendencia contradictoria refleja la desaparición de buena parte de los medios informativos y culturales de la época del porfiriato, al tiempo que entra crecientemente en circulación una prensa propagandística de los intereses e ideales de las fuerzas revolucionarias. Además, si ésta no se concentra absolutamente en la capital y circula de forma local y dispersa, es seguramente debido al desigual desenvolvimiento territorial de la Revolución y a los movimientos de sus ejércitos.

La relación entre la fracción del constitucionalismo carrancista y la nueva prensa es sobresaliente. Entre 1913 y 1917, están unidos de manera concomitante su paulatino predominio militar y político y el desarrollo de múltiples periódicos que irradian su influencia ideológica. Dos puntos trascendentales en la búsqueda de una nueva hegemonía informativa son la aparición de *El Liberal*, editado en los entonces modernísimos talleres incautados de *El Imparcial* a partir de agosto de 1914, y la fundación, en octubre de 1916, de *El Universal*—el mismo que hoy conocemos—, por Félix F. Palavicini, el connotado pedagogo y periodista carrancista.⁶

Ciertamente, la puesta en circulación de *El Universal* abre otro capítulo en la historia del periodismo moderno en México. Su esencia es la reconfiguración de la gran prensa, emergida durante y posteriormente al triunfo del constitucionalismo. La creación de *Excélsior*

⁶ El cálculo de las distintas cifras arriba señaladas fue hecho a partir de los datos obtenidos en "Los desvíos de la prensa (1911-1917)", recuadros que aparecen en *La Revolución día a día*, op. cit. Esta fuente nos parece razonablemente confiable pues está elaborada a partir de la Hemeroteca Nacional y el Archivo General de la Nación. El marco histórico general de la prensa durante el porfiriato y la Revolución lo encontramos en "Periodismo", ensayo de Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, en José Rogelio Álvarez (director), *Enciclopedia de México*, tomo X, México, Enciclopedia de México, tercera edición, 1977, pp. 222-257.

en 1917 confirma la tendencia renovadora. A lo largo de la siguiente década, la aparición del vespertino *El Universal Gráfico* en 1922, *La Prensa* en 1928 y un año después *El Nacional*, órgano del naciente Partido Nacional Revolucionario, de cabal idea del panorama periodístico surgido del nuevo régimen.⁷

3. Cambios tecnológicos en la edición

Dentro del campo editorial, habíamos deliberadamente separado los libros de la prensa, con la finalidad de destacar las características de contenido y perdurabilidad de ambos impresos. No obstante, dejando de lado esa distinción, podemos nuevamente pensar en una totalidad si observamos a los impresos en su forma: como objetos producidos bajo determinadas condiciones técnicas de edición.

Semejante óptica no es mero *divertimento*, sino sugerencia para una aproximación materialista, opuesta a la tradición subjetivista tan común en el entendimiento del mundo de las ideas, la cultura y sus evoluciones.

Creemos que la dinámica propia, hasta cierto punto autónoma, de los cambios tecnológicos en los procedimientos de impresión influyeron directamente en la paulatina e irreversible modernización de los medios de información y difusión, e indirectamente favorecieron el desarrollo de la educación y la cultura en el más amplio de los sentidos.

En esa lógica, mostraremos el aumento de talleres en la segunda parte del siglo XIX, las modificaciones técnicas en la imprenta y su adopción en México y, por último, el inicio de la producción industrial de papel. Así apuntalaremos la hipótesis global de la existencia de un proceso de cambio cultural profundo, relativamente continuo, que atraviesa a la sociedad mexicana, de algún modo de forma independiente a la cronología política. Surgido desde mucho antes de la crisis del porfiriato, ese cambio cultural se aminora luego de la caída del dictador y durante la guerra civil; finalmente se acerca a raíz del triunfo constitucionalista.

⁷ *Ibid.*, pp. 256 y 257.

a) Aumento de talleres e imprentas

En la segunda mitad de la centuria pasada, se observa un aumento considerable de talleres e imprentas. Según las cuantificaciones que se desprenden del libro *Imprentas de la ciudad de México en el siglo XIX*, de Mauricio Charpenel, se puede presumir que de un total de 232 imprentas, 48 existieron antes de 1850, mientras que hubo 175 nuevas desde ese año hasta 1899. Es decir, en la capital casi se cuadruplicaron los talleres —exactamente 3.6 veces— durante el último medio siglo del XIX.⁸

Interesado también en el tema de la edición en el siglo XIX, aun cuando desde la óptica de la crítica estética, Enrique Fernández Ledezma confirma indirectamente la idea anterior. En su estudio, después de destacar la delicadeza de los primeros grandes artesanos, se lamenta —al analizar el segundo medio siglo— del “lastre de envilecimiento que, en materia tipográfica, nos han legado la séptima y parte de la sexta década...”. Asocia, entonces, esa “perversión de gusto” a la “lluvia de malos impresos” en los años setenta,⁹ efecto —agregaríamos nosotros— del aumento sensible del número de imprentas. Al final, cuando revisa la década de los noventa, exhorta finalmente a reivindicar el arte tipográfico de los excelsos artesanos del siglo XIX, cuya autoridad no debe decaer por el “abuso de maquinismo”.¹⁰

b) Cambios tecnológicos en la edición

Sabemos ahora que durante la segunda parte del siglo XIX hubo efectivamente un crecimiento muy considerable del número de imprentas. Como ya se ha establecido, su derivado fue una “lluvia de...

⁸ Mauricio Charpenel, *Imprentas de la ciudad de México en el siglo XIX*, op. cit. Utilizamos precautoriamente el verbo presumir, puesto que en esta especie de directorio editorial, el año de registro de las imprentas proviene del impreso que da fe de su existencia. Es pues una referencia cronológica en el siglo que no significa ni el año de fundación del taller, ni establece su lapso de vida. A pesar de esta limitación, considero sugerente la información de este texto, obtenida a través de la revisión de bibliotecas, archivos y catálogos diversos. Desafortunadamente no se especifican los nombres de estas fuentes.

⁹ Enrique Fernández Ledezma, *Historia crítica de la tipografía (en la ciudad de México)*, México, Ediciones del Palacio de Bellas Artes, 1935, p. 125.

¹⁰ *Ibid.*, p. 163.

impresos". Además, la delicada manufactura de los artesanos empieza a ser sustituida en buena medida por la maquinaria. Y ello es altamente factible pues, desde finales del siglo XVIII, se aprecian varios cambios tecnológicos que revolucionarán el mundo editorial: la invención de la litografía (1796), la máquina de papel (1798), la prensa rotativa (1846), el linotipo y el grabado de medio tono (1886).¹¹

Por el momento nos interesa resaltar dos de estas innovaciones: la prensa rotativa y el linotipo. La primera debe su creación al mecánico norteamericano Richard M. Hoe, quien modificó los principios de la prensa tradicional al sustituir los elementos planos por cilíndricos en la impresión. Así el formidable aumento de la velocidad obtenido con la prensa rotativa revolucionó la edición: sentó especialmente las bases técnicas del periodismo moderno, inconcebible sin los grandes tirajes de ejemplares.¹²

Cuarenta años después, los logros de la prensa rotativa en la impresión fueron complementados en la composición tipográfica, gracias al linotipo del alemán norteamericanizado Otto Mergenthaler. Esta máquina modificó radicalmente la tipografía al reducir de forma drástica los tiempos y costos de la composición metálica. Esquemáticamente dicho, el cambio fundamental alcanzado con el linotipo es la rapidez —un solo paso— en la fundición mecánica de líneas completas de tipos (o unidades de "renglones" de "letras"), en vez de la selección manual de tipos móviles.¹³

c) Nuevos procesos de edición y de producción de papel en México

Resaltamos precisamente a la prensa rotativa y al linotipo entre las

¹¹ Edmund C. Arnold, *Tipografía y diagramado para periódicos*, EUA, Mergenthaler Linotype Co., primera edición, 1965, p. 245.

¹² "Hoe, Richard Marco", en el tomo VIII de la *Enciclopedia Barsa*, Buenos Aires, Enciclopedia Britannica Inc., 5a. edición, 1962, p. 240. Véase también "Impresión", en *Pequeño Larousse de ciencias y técnicas*, de Tomás de Galiana Mingot, París, Librairie Larousse, 1967, pp. 571-573.

¹³ Para una explicación técnica del linotipo, las sucesivas fases de su perfeccionamiento y su introducción revolucionaria en el periódico *New York Tribune*, en julio de 1886, véase el parágrafo "Ottmar Mergenthaler's Linotype", en el capítulo VIII del libro de Albert A. Sutton, *Design and Makeup of a Newspaper*, New York, Prentice-Hall, Inc., tercera edición, 1950, pp. 182-184.

innovaciones en la edición, porque su introducción en México es un claro indicio histórico de que los impresos entraban en una franca modernización.¹⁴

En el umbral entre dos siglos, el moderno empresario Rafael Retes Spíndola, considerado después como el padre del periodismo industrializado,¹⁵ importa las primeras rotativas y linotipos Mergenthaler, al fundar el periódico *El Imparcial*, en septiembre de 1896. Gracias a esa moderna maquinaria y a los subsidios del gobierno porfirista —a cuyo beneficio circularía como poderoso medio de difusión—, este periódico pudo irresistiblemente abatir los costos de edición y, en consecuencia, destrozar a la competencia de *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*. En un principio, *El Imparcial* valía un centavo y tiraba —según Ma. del Carmen Ruiz Castañeda— cien mil ejemplares, cifra inusitada en los periódicos mexicanos de la época.¹⁶

Además de la maquinaria, la impresión de grandes tirajes requirió un desarrollo industrial simultáneo en la producción de papel: desde 1892, cuando entra en operación la Fábrica de Papel San Rafael y luego, en 1905, con la reinstalación de la empresa Loreto, se inicia una industrialización intensa. Y si acaso más tarde este proceso se vuelve lento —especialmente durante la fase armada de la Revolución—, se recuperará entre 1917 y 1927. Se crean entonces seis industrias que subsistirán a pesar de la crisis de 1929.¹⁷

4. Reflexiones finales

Se puede ahora establecer meridianamente que la transformación de la edición en México estuvo conformada por el aumento del

¹⁴ Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, p. 244.

¹⁵ Rafael Carrasco Puente, *La prensa en México (Datos históricos)*, México, UNAM, primera edición, 1962.

¹⁶ Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, p. 244.

¹⁷ Véase "Papel", en José Rogelio Álvarez (director), *Enciclopedia de México*, *op. cit.*, tomo X, pp. 125-130. Además de las industrias de Loreto y Peña Pobre —fusionadas hasta 1929— y las de San Rafael, las empresas creadas entre 1917 y 1927 fueron la Fábrica de Papel Monterrey, la de San Juan Badía de Fontanals, la sociedad de José Rivot e Hijos, La Aurora, La Mercedes y La Constanacia.

número de imprentas y su paulatina modernización —fruto de la adopción de las nuevas técnicas mecánicas de impresión y de la inversión de grandes capitales en la edición—, así como por la aparición de los periódicos de decenas de miles de ejemplares, cuya puesta en circulación estuvo apoyada en la producción industrial de papel.

Incluso se antoja pensar que el ciclo de la modernización editorial, iniciado desde finales del siglo pasado, llega a su punto culminante entre mediados de los años treinta y principios de los cuarenta. ¿Se podría acaso pensar que se corona entonces un ciclo histórico en la edición, producto de múltiples esfuerzos, experiencias y cristalizaciones institucionales?

Muy posiblemente, pues alrededor de esta década se consolidan industrial e institucionalmente las experiencias editoriales acumuladas durante poco más de medio siglo: la gran prensa posrevolucionaria, después de la fundación de *El Universal*, *Excélsior*, *La Prensa* y *El Nacional*, completa su panorama con la circulación de *Novedades*, a partir de 1936.

Asimismo, el fomento editorial gubernamental, encabezado por la Secretaría de Educación Pública —técnicamente apoyada en los Talleres Gráficos de la Nación— también se robustece e incluso se autonomiza a través del Fondo de Cultura Económica, que se inaugura en 1934, y la Imprenta Universitaria de la UNAM, creada en 1935. En la copiosa lluvia de libros y colecciones, no extraña tampoco la proliferación de revistas, incluida la aparición de las especializadas en Humanidades.

Este auge editorial sería inconcebible sin la superación de la crisis en las existencias de papel para imprimir, gracias a la organización de la Productora e Importadora de Papel (PIPSA), auspiciada por el gobierno en 1935, y la constitución de la Cámara Nacional de la Industria del Papel, en 1942.

Además, este cúmulo de circunstancias editoriales florecientes y sus antecedentes históricos nos orientan a sugerir que, más allá de los límites estrictos de esta argumentación, la poderosa modernización de los medios de difusión de las ideas debió necesariamente haber tenido una influencia considerable en el desarrollo de la educación nacional y el impulso de las instituciones culturales durante ese medio siglo.

Por último, podemos establecer que el marco histórico de las instituciones culturales y su proyección mediante la difusión de las ideas, gracias a la transformación de la edición, son distintos, más amplios y superiores al de cualquier época anterior. Así se gestaron las condiciones materiales para la cultura mexicana posrevolucionaria.